

mentirosas siempre, cierran los ojos para imaginarse que están en brazos de otro? ¡Es imposible confiar en ellas! ¡Qué tormento! Recuerdan con un estremecimiento el instante en que fueron nuestras. Y aun hay que preguntarse si en ese minuto supremo, no se evadieron mentalmente de nuestro abrazo.

— ¡Ah! ¡Eso es lo mismo que empeñarse en pedirle peras al olmo! — exclamó Parisot. — Dése por bien servido, amiguito, cuando consiga saber que le profesan cierto afecto ó alguna simpatía personal, y no quiera usted gollerías.

— ¿Y qué hace el que sólo puede contar con las gollerías, como usted dice?

— ¡Cargue el demonio con los que se entretienen en estudiar la psicología del amor! ¡Qué ganas de atormentarse!

— Es cierto. Lo analizo todo; quiero saberlo todo y comprenderlo todo.

— ¡Imposible! Jamás conseguirá desmontar completamente el complicado mecanismo de un cerebro femenino. ¿Cómo va usted á soñar con conocer los motivos que determinan los actos de una mujer, cuando ella misma no los conoce? Hay, en todas las acciones humanas, una parte de raciocinio y otra parte puramente de instinto. ¡Cualquiera es capaz de desenredar esa madeja!...

Continuaron andando, sin hablar, durante un rato; luego, Parisot, dijo:

— Vamos á ver, Treillard, yo he sido siempre un buen amigo de usted. ¿Creo que me debe algunas

atenciones? Prométame que reflexionará y que irá á verme mañana, á eso de las diez.

— Con mucho gusto, si en ello tiene usted algún empeño; pero la resolución que he adoptado es inmutable.

— La noche es excelente consejera.

— Para mí, no.

— Prométame no hablar con nadie del asunto, ni buscar consejo de nadie.

— Pero ¿qué teme usted?

— La influencia de Florisa, de Malatiré, y de otros...

— Me parece que está usted equivocado respecto al juicio de mis amigos. De cualquier modo, no quiero adquirir el compromiso que me pide.

Parisot se rascó una oreja.

— Eso me inquieta — murmuró. — Prométame, en todo caso, que irá á verme en mi despacho mañana, á primera hora.

— Lo prometo.

— ¡Vamos! ¡Está bien!... Y, además, quedamos en que no le venderá usted la comedia á ningún periódico ilustrado... ¿no es eso?

— Esté tranquilo.

Al marcharse, Treillard iba pensando.

— La verdad es que debo confesarme con Florisa. Es la única capaz de aconsejarme juiciosamente en estas circunstancias. Mi miseria moral, sólo ha de inspirarle lástima. Pero ¡qué argumento voy á suministrarle en apoyo de su teoría contra el amor sexual!

¡Qué prueba voy á darle de la prudencia con que ha procedido, apartándose de su camino! El alma verdaderamente fuerte es la suya. Esa mujer que ha querido vivir tranquila y casta ¿cómo juzgará á un ser lujurioso y vengativo cual yo? ¡Ah! ¿Podré confesarle lo que siento, explicarle la evolución de mis ideas y la bajeza de mi deseo?... Hasta hoy ella ha sido mi conciencia viviente. Cada vez que he realizado un acto, me he preguntado lo que pensaría Florisa. Sólo la he evitado, desde que me sometí á influencia ajena. ¡Y qué influencia! Deletérea, depresiva, tanto cuanto la suya era fecunda y estimulante. Me separaba de ella más alegre, con más ganas de trabajar, con el cerebro despejado y el corazón sereno. Y, en cambio, siempre he salido de casa de la otra con el cerebro trastornado, con la voluntad enervada, avergonzándome de mí mismo. ¡Y la echo de menos y hasta me encuentro pesaroso de no continuar sufriendo ese yugo miserable! Me veo como el que se ha acostumbrado á ingerir un veneno y no tiene fuerzas para renunciar á ese hábito terrible. Y aun tengo miedo de contarle á Florisa lo que me sucede, porque adivino, tal vez porque estoy seguro de que es el médico inexorable que ha de imponerme el régimen salvador.

Llegó ante su casa. Anocheceía. Se preguntó si debía entrar. La soledad de su cuarto se le antojaba perniciososa. Sin embargo, tuvo fuerza bastante para hacer lo que le contrariaba. Quiso darse una prueba de firmeza de voluntad. Se redimió, en cierto modo,

moralmente; dió orden á la criada para que le preparase la comida, se encerró en el gabinete y se puso á leer, muy decidido á pasar toda la noche en un descanso propicio para la meditación. Recapacitó sobre las distintas peripecias de su aventura y las encontró miserables. Pensó en la comedia que iba á estrenar, y sólo acertó á ver los defectos. Sombria tristeza le acometió y dudó de sí mismo, de su obra y de los artistas que iban á representarla. Todo se le antojó comprometido: el presente, por la traición de su amante; el porvenir, por el fracaso probable de la obra en la cual había cifrado tantas esperanzas. Llegó á sentir angustias que le sugirieron la idea del suicidio. ¿Para qué vivir, siendo infeliz y fracasado? ¿Para qué luchar, abrigando la certeza de la derrota moral y material?

El día, afortunadamente, inundando de luz la habitación, disipó aquellas fúnebres impresiones. Treillard, pálido á consecuencia del horrible insomnio, saltó de la cama, como el que sacude agobiante pesadilla. Miró en la calle el movimiento de los transeúntes, que ya había comenzado. Sintiendo el fresco matinal, empleados y obreros caminaban, con paso rápido, al cumplimiento del deber cotidiano. Aquella puntualidad, amasada con paciencia y resignación, conmovió al literato. Se conceptuó muy inferior á los modestos y activos trabajadores, que reanudaban hoy la tarea interrumpida la víspera, y, sin embargo, ni se desalentaban, ni se quejaban. ¿Sabía, acaso, él, si los desengaños y los pesares

de aquellos obreros no eran más agudos y más amargos que los suyos propios?

Sentóse ante el bufete y comenzó á escribir. Poco á poco, por obra de la evolución del pensamiento, la irritación desilusionada que le había torturado se desvaneció, y estaba tranquilo cuando la criada le entró las cartas y los diarios de la mañana. Los leyó, se vistió y, recordando que había ofrecido á Parisot ir á visitarlo, á las diez, se dirigió hacia la librería.

El día anterior, en el momento de sentarse á la mesa para comer, la Marquesa recibió una esquila del editor, que la dejó meditabunda. Parisot le decía : « Acabo de separarme de Treillard. Está extremadamente enfurecido contra usted. No he podido lograr que me entregase el artículo para Fabreguier. Irá á mi despacho mañana, á las diez. Si usted quiere aventurar una postrer tentativa... Pero temo mucho que resulte inútil. » La Marquesa, muy perpleja, rompió la esquila y arrojó los pedazos á la chimenea. ¿Cómo se explicaba que Treillard, poco después de haberle leído muy satisfecho el artículo recién escrito, se mostrase bruscamente resuelto á no dejarlo publicar? ¿Qué quería decir esto? ¿Qué le había pasado, para llevarlo á un cambio tan radical?

Inmediatamente surgió un punto negro. ¿Habría llegado á conocimiento del escritor la reanudación de relaciones entre la señora de Sortais y el gallardo Mauricio? ¿Cómo, tan pronto? ¿Cómo, casi en el momento de haberse efectuado? No era imposible,

pero si inverosímil. ¿Qué indiscreción se había cometido? La Marquesa no podía sospechar ni los amorios del ayuda de cámara del barón de Roize con la doncella de la señorita Nantheuil, ni la rabia del criado al enterarse de la ruptura de su amo con el ama de su novia, ni los comentarios con que engalanó el relato de la reconciliación que perturbaba los amorios del ayuda de cámara y de la doncella. La señora de Sortais encontró al Barón, aquella noche, en una fiesta, y lo interrogó hábilmente sin conseguir averiguar nada, porque el joven no estaba al tanto de las conquistas galantes de su criado.

Ansiosa por descifrar el enigma, la dama, que, por de contado, prefería infinitamente encontrarse con Treillard en la librería, se vistió muy temprano, tomó un coche de alquiler y se fué á casa de Parisot. El editor había adoptado todas las precauciones necesarias para amortiguar el primer choque entre la Marquesa y el literato. Había dado orden de que si mientras él estaba con Treillard, llegaba la señora de Sortais, la hiciesen pasar al despacho de uno de los jefes de la casa. Hallábase conversando con Treillard, cuando el ordenanza le entregó un papel en el cual estaba escrito el nombre de Oliverio Juglat. Inmediatamente el editor, volviéndose hacia el literato, le rogó que lo dispensase :

— Vuelvo dentro de un minuto. Sólo tengo que decir una palabra...

— Vaya usted.

Parisot salió, llegó á la habitación donde esperaba la Marquesa, y, sin preámbulo :

- Ahí está. ¿Qué vamos á hacer?
- Es preciso que se vea conmigo. Calculo que no se negará á dar explicaciones. En resumen ¿qué le ha dicho á usted?...
- ¡Ah! Es cosa delicadísima para repetida...
- Prescinda usted de restricciones... ¿Me acusa?...
- Sí.
- ¿De qué?
- De haberlo engañado. Está fuera de tino. Dispéñseme si le hablo con tanta crudeza...
- No tiene importancia. Y ¿no le ha dicho á usted cómo se ha puesto al corriente de lo que me censura?...
- No, señora. Pero lo afirma resueltamente.
- ¡Chismorreos! Dígale que estoy aquí, y tráigalo á esta habitación: ¿Podremos hablar, sin que nos oigan?
- Sí, señora.
- Perfectamente. Quedo aguardando.
- Marchóse Parisot, y volvió á su despacho con el semblante algo ençendido y con aire un tanto confuso. Pero, era hombre de resolución:
- Querido amigo — dijo — prescindamos de circunloquios: la señora de Sortais acababa de llegar y pregunta por usted.
- ¿Le había usted anunciado que yo estaría hoy aquí?
- Naturalmente. La casualidad no arregla tan bien estos encuentros. Pase por aquí. La Marquesa está en uno de los despachos...

- No voy.
- ¿Qué?
- ¡Que no voy!
- ¡Vamos, Treillard! Una mujer... en mi casa... la cortesía más elemental...
- ¡Al diablo la mujer, la cortesía y usted!...
- Gracias. ¿Debo ir á repetirle esas palabras?
- Vaya, si gusta ¡valiente cuidado se me da!
- Pues allá voy. No es tolerable hacerla esperar: Salió. Tan pronto como estuvo solo, Treillard, con el corazón palpitante, sintió remordimientos por haber rehusado la entrevista. Casi experimentó deseos de llamar á Parisot. Pero, inmediatamente, se le ocurrió una idea que lo tranquilizó por completo: La Marquesa tiene mucha más necesidad de verme, que yo deseos de encontrarme en su presencia. Así, pues, ella va á venir y á dar todos los primeros pasos para buscar una explicación. Prontamente tuvo la prueba de la exactitud con que había discurrido. Abrióse la puerta y entró la señora de Sortais. Entró sola. Parisot se había eclipsado.